



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año III

10 de mayo de 1890

Núm. 132

## ➤ Los niños de Holanda y Bélgica ◀



NIÑOS HOLANDESES





## UN RATO DE CHARLA

**D**ICHO sea con todas las reservas y gimoteos que se crean necesarios, pero la verdad es que uno andaría de ceca en meca y de zoca en colodra buscando en España un sintoma de las corrientes intelectuales y sensibles de la opinión y tendría que acabar por volverse á casa sin haber conseguido descubrirlo.

Porque no creo yo que lo que se habla en los Ateneos y se publica en la mayoría de los periódicos deba tomarse por manifestaciones de la conciencia pública.

No así en otras naciones, en Francia por ejemplo: hay allí una prensa, una bibliografía, que marcan con perfecta claridad el rumbo de la opinión pensadora, y de este rumbo es de lo que quisiera hablaros hoy.

Séparse, pues, ¡oh asombro! que en la actualidad el papel *ciencia* se está cotizando á muy bajo precio en el mercado de la juventud inteligente y sensible. Parece que no se tiene mucha fe en sus virtudes, y se anda buscando otra cosa que sirva de fundamento moral. Y como esa otra cosa ya no es ni puede ser nada que se parezca á *ciencia*, les ha dado á los jóvenes franceses un arrebató tal de *misticismo*, que de allí van á salir en lo sucesivo, no ya nuevos Pasteurs ó Berthelots, sino émulo que se preparan á eclipsar á San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz y demás bienaventurados.

El hecho, como fenómeno, es curiosísimo, demostrando una vez la inanidad de las cosas humanas y la verdad profundísima de los conceptos vertidos en su libro inmortal por el autor de *El Eclesiastés*.

Cualquiera iba á creer que después de Edison, etc., etc., la juventud iba á volverse loca de entusiasmo por los descubrimientos hechos, cuando cata ahí que salen con la pata de gallo de que la ciencia sabe muy poco, y que ese poco resulta excesivamente feo y no sirve para desempeñar las altas funciones de sustentáculo de una nueva organización.



Meditemos en la inestabilidad de las humanas glorias. Doctrinas, sistemas y novedades que creemos hoy incommovibles y destinados á perpetua duración, aparecen al siguiente día ajados, enranciados y apestosos, como si se tratara de ridículas antiguallas. ¿Quién no ha incurrido en la vulgaridad de decir que el único método *comme il faut* es el método experimental? ¿Qué novelero no ha creído que Zola era la última palabra del credo literario? ¿Quién no ha supuesto que no había en música más allá que Wagner? Y, sin embargo, todo cansa, todo cambia, todo envejece, y ya Zola ha pasado á la categoría de atrasado, y hay quienes



Niñas en los jardines de Amsterdam

no quieren oír hablar de óperas como de una engañifa, ni falta quienes desprecian el método experimental como insuficiente é incapaz de conducir á un concepto científico general.

Tenemos, pues, que la modernísima novedad es el *misticismo*: la religión invade á oleadas los cerebros y se vuelve á las inspiraciones del corazón y á las intuiciones y deliquios de la mente en vez de proclamar las matemáticas y la experimentación como el ideal de la humanidad ilustrada.

¿Cuánto durará eso? ¡Dios lo sabe! Pero es fácil que ese novísimo movimiento sea más grave y decisivo que los anteriores. Realmente hemos llegado á tal extremo de encanallamiento y grosería, que no es de extrañar que las almas delicadas se hayan replegado con pudor en sí mismas buscando un nuevo norte que las aparte del cieno en que se revuelca la humanidad de M. Eiffel y del sistema parlamentario.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



## DOS NIÑOS

**T**ODAS las tardes, en cuanto declinaba el sol y se vestían las nubes con sus galas de oro y púrpura, los chicos del pueblo bajaban á la playa á fin de recibir las barcas pescadoras tripuladas por sus deudos y parientes, los cuales, al igual que sus convecinos, no conocían otro medio de vida que el que les ofrecía el mar; medio tan inseguro como sujeto á dolorosas sorpresas, pero que á falta de otro más productivo no vacilaban en explotar.

El mar era el verdadero elemento de aquellos buenos vecinos; la playa, la escuela preparatoria donde se amaestraban desde niños en las faenas marítimas, haciendo en ella su aprendizaje de pescadores y navegantes, para cuyo arte revelaban desde luego excepcionales condiciones. Por lo regular sabían ellos poco ó nada de leer caracteres impresos: en cambio leían de corrido en cuantos signos se dibujaban sobre la inmensa y procelosa superficie del gran elemento, en el cual, por tradición y cariño á la par, cifraban su porvenir.

Como el pueblecillo, aun careciendo del favor de la moda, era una tacita de oro, solían veranear en él varias familias de la vecina capital, con gran contentamiento de la gente joven, que estimaba como la más grata y agradable de las expansiones compartir sus juegos con los de los hijos de los marineros, sus amigos de verano, sus inolvidables compañeros en los tristes días de invierno.

El amigo predilecto de los forasteros era, sin embargo, Santiago, un muchacho alegre y bondadoso, gran amigo de sus amigos y dispuesto siempre á complacer á todo el mundo. Espontáneamente se brindaba él á enseñar á los pequeños á nadar, á manejar los remos, á llevar el timón y á salvar las olas, ganándose de esta suerte sus simpatías y su voluntad. De ahí que el día que Santiago acompañaba á su padre ó á su hermano al mar, la playa estuviese desanimada y triste: los chicos se encontraban como un ejército sin general, como una grande orquesta sin maestro ni director. Tan sólo un chiquillo se alegraba de ello: el tal era Paco, un muchacho de trece ó catorce años que odiaba cordialmente á Santiago sin saber ni justificar el por qué; tal vez por el antagonismo de sus respectivos caracteres, que les colocaba á distancia tan enorme que era más que imposible salvar.

Paco era malo, soberbio, envidioso. Si no le faltaba ningún defecto, carecía, en cambio, de toda virtud. Su aspiración única, su ansia suprema, era ser siempre el primero en todo, dominar é imponerse á todos los demás. Por eso, al ver que el hijo de un humilde marinero era más querido y considerado que él, los celos le roían despiadadamente, volviéndole perverso hasta la crueldad.

Santiago sufrió repetidas veces sus desdenes é injurias, bien que se preocupaba poco de las expansiones de su ofensor. No así algunos de sus com-



pañeros, que, considerando como propios los desaires que les hacía el forastero, ansiaban darle una cumplida lección; á lo cual se oponía Santiago diciéndoles:

—Dejadle: es un infeliz.

—Es un envidioso,—decían sus amigos.

—Pues ahí tenéis su mayor castigo,—replicaba el bondadoso niño.—¿Cabe infelicidad más grande que la ocasionada por la envidia? Él calza zapatos de finísima piel: mis pies andan descalzos todo el año; él viste con todas las elegancias y primores de un marinerito de agua dulce, adornándose con botones de ancla como los que usan los marineros de verdad: yo voy pobremente vestido: cuando no llevo el pantalón roto, llevo la blusa remendada, y á falta de camisa uso camiseta azul y blanca como la de los pescadores de veras; y él me envidia, y yo... ¡apenas si me acuerdo de él!

—Eso no tiene nada que ver,—argüía Pablo, el primero de Santiago; —el día que suelte otra bravata ó nos ponga mal gesto, llevará una lección.

Y este día no se hizo esperar.

Una tarde juntóse á jugar con los niños que bajaban á la playa, un hermanito de Paco, en el preciso instante que éste acertaba á pasar por allí.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo cogió al niño de la mano, separándole violentamente de entre sus amigos, en tanto pronunciaba algunas palabras que por lo apagadas y confusas no pudieron ser comprendidas por los que le atendían.

Entonces, separándose Pablo del grupo, se encaró resueltamente con Paco, diciéndole:

—¿Qué has dicho?

—A ti nada,—repuso Paco con ira.

—Advierte que yo no soy Santiago,—arguyó con arrogancia el chico.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tengo su paciencia ni su bondad.

—Lo que él tiene es miedo,—observó Paco con despreciativo acento.

—¡Miedo yo!—gritó Santiago, que había llegado á tiempo de oír á Paco.

—¡Lo que te tengo es lástima!—añadió con terrible desdén.

Paco palideció, quiso contestar; pero el despecho ahogó su voz en su garganta, contentándose por toda respuesta con hacer un gesto agresivo.

—Eres un infeliz,—le dijo Santiago,—y para tu bien te advierto que bajes á la playa y te metas con nosotros lo menos posible, pues á continuar tus impertinencias, podríamos obligarte entre todos á tomar un baño de impresión.



Niña holandesa



Al oír estas palabras, todos sus compañeros se echaron á reír del mejor gusto, lo cual irritó extraordinariamente á Paco, que, cediendo á un impulso de su despecho, gritó:

—¡Sois unos canallas!

¡Qué hubo dicho! Como desbandada nube de pájaros en seguimiento de codiciada presa, echaron á correr aquellos chicos en pos de Paco, que despa-  
vorido huía de su alcance.

—¡Dejadle!—decía Santiago.—¡Que escape y no vuelva por aquí!

Pero los chicos corrían como galgos, y, arrastrado por el miedo, corría Paco todavía más; hasta que, rendido por la fatiga ó á consecuencia de su aturdimiento, le faltó un pie, cayendo al agua desde lo alto de una roca en la que sin duda pensó refugiarse.

Un grito de satisfacción escapó de los labios de sus perseguidores, que dieron por *lavada* su ofensa en cuanto vieron en remojó á su ofensor, el cual, arrollado por una ola formidable, desapareció instantáneamente de su vista.

Santiago comprendió el peligro que corría y se dispuso á salvarle.

—Déjale,—le dijeron entonces sus amigos;—no merece que te expongas por él.

—Es un vanidoso.

—Nos desdeña porque somos pobres.

—Nos ha llamado canallas.

—Pero está en peligro, y seríamos tan malos como él si pudiendo hacerlo dejáramos de salvarle,—observó Santiago en tanto se disponía á arrojarle al mar.

Paco adivinó su acción y le dirigió una mirada suplicante, llena de angustia y de piedad. Santiago no necesitó ver más: desoyendo las observaciones de sus compañeros y olvidando las ofensas que debía á Paco, echó á nadar, y, luchando á brazo partido con el furor de las olas, consiguió sacar á salvo al forastero, dejando su cuerpo ya exánime á la inmediata orilla.

Cuando Paco se recobró, buscó en torno suyo á su salvador, pero no le vió á su lado. Fuése á su casa y se encontró á Santiago en cama, presa de horrible calentura, efecto de las emociones que acababan de agitar su generoso corazón. Paco permaneció á su lado toda la noche, atendiéndole con solicitud verdaderamente fraternal y observando con ansiedad infinita cuantas oscilaciones presentaba la repentina dolencia de su animoso salvador. Afortunadamente el peligro pudo conjurarse, y al otro día, con gran contentamiento de sus padres y amigos, Santiago pudo abandonar la cama y ocuparse en sus habituales tareas.

Inútil es decir que desde aquel día fué Paco el mejor amigo de Santiago. La abnegación de éste había extirpado por completo el defecto de aquel niño vanidoso y soberbio, que, curado á tiempo de sus imperfecciones, revelóse tan dócil como ejemplar.

ANTONIA OPISSO





## LA CALAVERA

**S**i vieras cómo me gustan los cuentos! ¿No recuerdas alguno, tío?

—En este momento, no; no recuerdo ninguno, aunque los he sabido por docenas.

—Haz un poco de memoria, ¡anda! Sé complaciente conmigo y seré yo bueno para ti, queriéndote mucho y no haciéndote rabiar como de costumbre cuando, sin que lo adviertas, te quito los cigarros de la petaca para fumármelos luego á tus espaldas.

—¡Ah, bribón! ¡Conque eres tú!

—Sí: yo he sido, pero no lo volveré á hacer, y, si me concedes lo que te pido, te regalaré, cuando tenga dinero, una caja de tabacos habanos.

Así decía Tanito á su tío Antón una velada de invierno al amor de la lumbre, y á su tío Antón todo se le volvía cavilar, sin que lograrse extraer del archivo de la memoria lo que el muchacho con tanta insistencia le pedía.

—Nada, es inútil: por más que hago y deseo complacerte, no recuerdo ningún cuento.

—El otro día, después de clase, un chico nos contó uno. ¡Si vieras qué bonito!

—¿Sí? Y ¿cómo era?

—¡Qué sé yo! Un hombre viejo y enfermo que estaba solo en su casa, acostado en una mala cama, de la cual no se podía mover. De pronto oía la extraña voz de una calavera que desde el portal le llamaba, diciendo: «—Subo á reunirme contigo.» Y ¡paf, paf! la calavera subía, botando los escalones, hasta que llegó á los pies de la cama del enfermo, y éste al verla se murió de miedo. Desde entonces de miedo me muero yo también todas las noches, acostado y á oscuras, imaginando que oigo á la calavera botar como una pelota sobre la alfombra de mi cuarto, hasta que al fin se acerca á los pies de mi cama, se detiene y me mira de hito en hito, diciendo: «—Vente conmigo Tanito; vente conmigo.»

El muchacho temblaba y palidecía al proferir estas palabras. El tío Antón le miró fijamente, pareció reflexionar, pasóse una mano por la frente, y dijo:



—¡Alabado sea Dios! Tu cuento, al fin, me ha traído á la memoria otro que voy á contarte en seguida.

—¡Ay, qué gusto!

—Se titula también *La calavera*. Oyelo atentamente, porque yo mismo fuí uno de sus personajes; de modo que, en rigor, no es cuento, sino historia, sucedido ó como quieras llamarlo.

Subieron de punto el interés y la curiosidad del niño al oír expresarse así á su tío Antón.

—Lo estoy viendo, lo recuerdo como si fuese ahora, á pesar de los años que han pasado,—prosiguió éste.—Yo era á la sazón, poco más ó menos, un niño de doce ó trece años, como tú. Habitábamos todos en Villamedrosa, el pueblo natal de tus difuntos abuelitos. Como nuestra casa estaba situada en la mejor calle y era la más grande del pueblo, todos los chicos, y también las chicas, iban á jugar allí.

—¿Y tú jugabas con ellos?

—Por de contado. Jugábamos todos en el zaguán, que era muy espacioso; y como nos reuníamos en gran número, armábamos cada zipizape que temblaba el misterio.

—¡Y cómo me hubiera gustado hallarme entre vosotros!

—Pues, como iba diciendo, el zaguán era muy grande. Tenía en el fondo la escalera que, naturalmente, conducía á los pisos superiores, ó sea dos entresuelos, habitados los dos; el principal, que lo ocupábamos nosotros; y los segundos y terceros, también con sus correspondientes inquilinos. A la izquierda del zaguán, en último término y conforme se entraba desde la calle, había una puerta sin hojas, cubierta con una estera á modo de cortina, la cual puerta daba acceso á un vasto almacén ó especie de bodega llena de pipas y de trastos viejos. Sobre la puerta, á regular distancia del dintel, se abría una ventana con vistas al zaguán, formando juego con otra abierta en la pared de enfrente, á la misma altura, correspondiendo ambas á los respectivos entresuelos.

—¡Qué bien lo pintas, tío! Me parece estar viendo el zaguán y la casa de mis abuelitos.

—Espera un poco, que aun no he concluído. El almacén, bodega, ó lo que fuese, tenía á un lado, con ventana á la calle, defendida por una reja y cerrada casi siempre para que no echaran por ella estorbos ó inmundicias desde fuera, un vasto lagar, cuyo fondo, según decir solía tu abuelito, podía contener mil arrobas de vino por lo menos. A lo mejor, jugando en el zaguán chicos y chicas, armábamos tal alboroto que los vecinos del entresuelo, asomándose á sus ventanas, nos amenazaban con pegarnos y reprendían severamente nuestras locas travesuras.

—¿Y vosotros erais buenos entonces?

—¡Que si quieres! Contestábamos con insultos y cuchufletas á los vecinos, y nos entrábamos todos en la bodega, donde revolviendo las pipas vacías



y los trastos viejos, y revolviéndonos nosotros mismos, continuaba el zipizape hasta no quedar títere con cabeza. ¡Ah! Se me olvidaba decirte que la bodega, como no recibía más luces que la de la ventana á la calle y la de la



Una visita á Santa Claus

puerta al zaguán, y la primera solía estar cerrada y la segunda cubierta con una estera, que levantábamos al pasar, se hallaba casi siempre á oscuras.

—Pero ¿y la calavera, tío Antón? No veo la calavera.

—Ten un poco de paciencia, que ya parecerá. Sucedió, pues, que de la noche á la mañana comenzó á esparcirse el rumor de que se aparecía en la bodega el fantasma del casero, muerto diez años antes en el piso principal, que más tarde habíamos nosotros alquilado. No faltaba en el barrio quien asegurase haberle visto en forma de esqueleto, con un sable en la diestra y un farol encendido en la otra mano, trasformando las pipas y revolviendo los



trastos, en busca, según decían, de una muela sin la cual muriera y que iba á hacerle mucha falta para acudir como Dios manda al juicio final cuando el ángel tocase la trompeta.

—¡Qué miedo! Ya no entraríais más en la bodega.

—Entrábamos primero asomando la cabeza y con la carne de gallina; después, no viendo el fantasma, metíamos un pie, luego el otro, y seguíamos andando muy despacio, como quien pisa sobre huevos, hasta que, acabando por olvidar la aparición, volvíamos al zipizape de costumbre.

—Pero al fin...

—Ahora verás. Ocurrió que una tarde, á eso del anochecer, cuando la bodega estaba más oscura, algunas niñas á quienes en el zaguán amenazábamos con dar de pelotazos, se entraron en aquélla huyendo de nosotros. Intentamos entonces perseguirlas, y ya los más atrevidos levantábamos la estera, cuando, repentinamente, sonó dentro una detonación, algo como un cañonazo, que hizo retemblar las paredes de la bodega. Al mismo tiempo, pálidas, temblorosas, erizado el cabello y exhalando chillidos estridentes, salieron como un huracán las pobres chicas, chocando con los que estábamos junto á la estera y casi derribándonos al pasar, tal era el empuje de su huída.

Aquí el tío Antón se detuvo un instante como para tomar aliento ó coordinar sus ideas.

—Sigue, sigue: me gusta mucho el cuento,—profirió Tanito.

«—¿Qué os pasa? ¿Por qué escapáis así?» preguntamos á las chicas. «—¿No lo habéis oído?» respondieron. «—Es el fantasma, el fantasma del casero, que se aparece en el lagar y ahora saca la cabeza echando llamas.» Y sin detenerse huyeron hacia la calle, gritando despavoridas: «—¡La calavera, la calavera del casero!»

(Se concluirá)



Niñas belgas felicitando á su mamá  
en sus días

JUAN TOMÁS SALVANY



## NUESTROS GRABADOS

### LOS NIÑOS DE HOLANDA Y BÉLGICA

**M**EJILLAS sonrosadas, cara redonda y cabello rubio: estos son los caracteres que distinguen á los niños en Holanda. Apenas sé cuál sería la mejor estación del año para ir á verlos: si el invierno ó el verano; mas yo optaría por hacer la excursión en la primavera, porque entonces todo el reino está convertido en un gran lago ó mar, donde solamente se ven algunos espacios de tierra en que apenas hay lugar para un molino, una cabaña ó una choza. La primavera es, sin duda, la estación más favorable para ir á ver los niños holandeses, porque entonces se les encuentra en sus diminutos botes que surcan los lagos, canales ó estanques; ó bien vagan por las verdes praderas entre los rebaños; ó reúnen, como indica el grabado, en el pequeño muelle de su pueblo natal para limpiar sus jarros y vasijas ó cestas, y esperar la llegada de los botes que llevan el pescado. En el invierno sus lagos y canales están cubiertos de hielo, que permite á los muchachos entregarse á su recreo favorito corriendo patines. De éstos se sirven para ir á la escuela y volver, ó para ir á la plaza á comprar frutas y golosinas, viéndose á veces grupos de cinco ó seis chicos ó niños que se entregan á ese ejercicio.

Decididamente Holanda se debe visitar en invierno: el magnífico estanque ó lago que hay en el centro de la Haya, la ciudad más sana de Holanda, y que me pareció tan agradable en verano, cuando nadaban allí majestuosamente patos y cisnes y otras aves acuáticas, es aún más hermoso cuando los árboles que hay alrededor están cargados de nieve y cuando se ven largos cristales de hielo pendientes en las rocas y grutas.

Las damas visten por entonces trajes de terciopelo con pieles; y siempre se ven muchos niños, así ricos como pobres, deslizándose rápidamente sobre la pulimentada superficie de hielo.

Ante todo hablaré de los niños más pequeños de Holanda, y sobre todo de una bonita y singular costumbre observada en todo el país.

Cuando se dice á los niños de una familia que tienen un nuevo hermano ó hermana, no siempre están dispuestos á recibirle tan bien como debieran. El de menos años, sobre todo, muéstrase enojado, porque considera al recién nacido como un usurpador á quien se debe pellizcar más bien que hacer caricias. Ahora bien: los buenos padres de Holanda, que quieren mucho á sus hijos y procuran evitarles toda aflicción, han hallado un medio excelente para que el niño sea bien recibido. Cuando está en la cuna, llenan sus bracitos de cucuruchos que contienen confites, y distribúyenlos entre los niños como regalos de la criatura. Esto se hace por espacio de seis semanas, al cabo de cuyo tiempo considérase que el niño adquiere ya el derecho de existir.

En Holanda hay la costumbre de poner á las criaturas tres gorritas: una de batista, otra de seda, y la tercera de encaje.

El bautizo se verifica el domingo, y después del acto celébrase un banquete, al que se convida á todos los amigos.



Los nacimientos son muy celebrados siempre en Holanda y Bélgica; se hacen visitas de felicitación y regalos; y si se trata de los días del padre ó de la madre, alguno de los niños recita una poesía ó escribe la felicitación en papel muy adornado. También se regalan ramos de flores (vease el diagrama).

Por regla general los niños comen con los padres, pero no se les permite nunca el uso del cuchillo. Cogen el tenedor con la mano derecha, y apoyan la izquierda en la mesa, junto al plato.

Voy á decir ahora cómo son las cosas de los niños de Holanda y Bélgica. Los habitantes ricos de La Haya suelen vivir en quintas, grandes casas ó palacios, donde se acumulan todo el lujo y esplendores del Oriente. Allí se celebran fiestas al estilo indio, iluminándose las casas y jardines; y entonces ostentan igualmente magníficos tapices turcos y ricas alfombras, abundan los objetos de oro y plata, y los convidados se presentan con costosos trajes, luciendo las damas diamantes y perlas.

Con este esplendor contrasta singularmente la humilde vivienda del barquero; y, sin embargo, dudo que en los palacios de los ricos haya más encantos. El barquero vive en su balsa con su familia, y aquélla se compone de troncos de árboles unidos y enlazados entre sí con fuertes mimbres. Sobre la balsa colócanse tablones, y encima de éstos constrúyese una graciosa cabaña de dos pisos, que tiene sala y alcoba. En las ventanas hay cortinas, y los postigos se pintan con vivos colores, adornándose aquéllas de floridas plantas. La ocupación del barquero consiste principalmente en comprar objetos de barro en Alemania para venderlos en su país. Los niños pasan el primer período de su vida en esas balsas, y por cierto que debe ser muy agradable, porque flotan á través de los distritos belgas cubiertos de bosque, y hasta en la aplanada Holanda, donde siempre hay algo interesante que ver, como por ejemplo las delicadas garzas, las gallináceas y las aves marinas, que vuelan en bandadas para ir á bañarse en los lagos.

La casa ordinaria del campesino holandés no deja de ser muy aceptable. La cocina es la habitación principal, y ofrece muy buen aspecto con sus ladrillos rojos cubiertos de fresca arena del mismo color, sus blancas paredes, sus sillas y mesas pulimentadas, y el brillante ajuar de cocina.

Los holandeses son muy limpios, y deben serlo por necesidad, pues como su país es muy húmedo, si no estuvieran restregando y pulimentando de continuo, el orin lo echaría á perder todo, particularmente los utensilios culinarios, y los muebles quedarían pronto inservibles. Dicese que el pueblo más limpio del mundo es Brook ó Brock. Allí, lo mismo que en Holanda, es peligroso pasear por las calles en sábado sin llevar paraguas y gruesas botas, por hermoso que sea el día, porque se riega el frente de cada casa y se echan cubos de agua por todas las ventanas y se limpian las vaquerías, que constituyen el mayor número de viviendas. En esos pueblos la vida debe ser triste para los niños, pues no se les permite salir á la puerta de la casa por temor de que manchen las escaleras ó las barandillas.

Tal vez las más extrañas viviendas son las que hay en Gheel, pueblecillo de Bélgica, llamado Colonia Craze, cuyo origen ha sido asunto de una leyenda. Cierta princesa Dimfna, buena y piadosa, fué perseguida por sus perversos parientes y muerta en aquel rincón de Bélgica. A su debido tiempo fué santificada, y los enfermos y desgraciados acudían en gran número á la pequeña capilla donde se veneraba su imagen. Algunos locos recobraron el juicio por su intercesión; y desde aquella época, los pobres tejedores, que constituyen la mayoría de los habitantes, tienen permiso para recibir en su



familia á un loco. Hallándose constantemente con los niños, jugando y trabajando con ellos en las fáciles tareas que se les imponen, y sobre todo siendo tratados bondadosa y familiarmente por todos, la mayor parte de esos infelices recobran pronto la razón. Refiérese un cuento muy conmovedor de un loco alemán que había perdido el juicio á causa de haber quedado repentinamente pobre. La familia que le daba hospitalidad se vió de pronto sin medios, sumida en la mayor miseria; y el loco, reflexionando sobre esto, recobró al parecer la razón, y, encargándose de la familia, trabajó para ella y la sostuvo.

Digamos ahora alguna cosa sobre la granja de Bélgica. La cocina, muy grande, está rodeada de pequeñas alcobas, en cada una de las cuales no hay lugar más que para una cama. El dueño ha de trabajar mucho, pues con frecuencia debe ocuparse de arar la tierra y prepararla; la mujer hila de continuo, y los niños recogen forraje para las vacas, ó cuidan de los cerdos, de las cabras y gallinas. Todos los individuos de la familia se levantan al cantar el gallo, y después de tomar café y pan de centeno comienzan á trabajar.

A eso de las nueve almuerzan bien, por lo regular pan, manteca y queso; á mediodía se come, de ordinario, patatas, cebollas y tocino; y la cena se reduce á ensalada y pan. Beben poca cerveza, pero mucha leche. El traje, de color oscuro, es holgado, y siempre calzan zuecos.

El barrio de Marollen, en Bruselas, tiene viviendas muy tristes, porque los habitantes constituyen la clase más pobre. Los hombres confeccionan artículos de cartón y las mujeres fabrican costosas blondas, trabajo que les produce muy poco. Poco caso se hace de los niños, que andan medio desnudos de un lado á otro, y á quienes se destina á trabajar apenas tienen suficiente edad para ello.

De las pocas diversiones de que esos niños disfrutaban, la principal es la que se celebra el 1.º de mayo, día en que toda la población va al campo para recoger ramaje verde y flores.

Tienen otras fiestas en las que es costumbre encender farolillos chinoscos y adornar las casas con ramaje. También se distraen los niños con varios juegos, uno de los cuales consiste en vendar los ojos á dos niñas ó muchachos, poniendo entre ellos una cazuela de arroz: después se les da unos grandes cucharones de madera, y el que más arroz echa sobre su contrario es el victorioso. Los niños del barrio de Marollen y otros distritos pobres reciben escasa educación; pero en la mayor parte de Bélgica y Holanda hay excelentes y numerosas escuelas: hasta el más insignificante pueblecillo tiene la suya.

Hay escuelas primarias, secundarias y militares, sin contar las universidades y otras para aprender el dibujo, la pintura y la escultura, así como una para los sordomudos. Bélgica tiene igualmente su escuela de niños, agregada



Niña holandesa jugando á bolas



á la universidad de Lieja. En las escuelas comunales la instrucción es libre. Los idiomas que comunmente se enseñan son el francés, el flamenco y el alemán.

Las lenguas que se hablan son: en la Flandes del oeste y en el Brabante del sur, el francés; en una parte de los Ardinos, un extraño dialecto mezcla de francés y holandés; en las provincias del norte, el holandés; y en el norte de Brabante y el este de Flandes, el flamenco, que se puede llamar dialecto de los holandeses.

En un país que ha producido tantos artistas, natural es que se piense mucho en el arte. En muchas escuelas se permite á los niños dibujar en sus pizarras una hora diaria; y si alguno manifiesta mucha disposición, generalmente encuentra alguien que le ayude, ó tiene la suficiente perseverancia para trabajar á su manera hasta que obtiene la recompensa de sus esfuerzos.

El traje de los niños de ambos sexos, holandeses ó belgas, es á veces muy singular y bonito. Las niñas usan corpiños bordados ó chaquetillas, zapatos con hebilla, pendientes de oro, collares y otros adornos. Cuando tienen más edad usan una especie de birrete dorado ó plateado, y á veces una especie de bonete. Los muchachos y los hombres llevan calzón ancho hasta la rodilla, media de estambre negro, zapatos con hebilla, chaqueta y gorra galoneada de oro ó plata. Las señoritas y hombres jóvenes de Bruselas visten al estilo francés y son muy aficionados á las modas parisienses.

En cuanto á los juegos de los niños, se parecen mucho á los de los franceses y no tienen nada de particular.

La Pascua es una fiesta muy celebrada y que los niños esperan con ansia, porque entonces se les regala tortas con huevos; pero la festividad en que más se divierten es la dedicada á San Nicolás, patrón especial de la gente menuda.

Este santo envía sus regalos con los más extraños disfraces, como por ejemplo dentro de berzas, coles, zanahorias, etc.; ó tal vez se presente en persona, como se indica en nuestro grabado. Entonces lleva juguetes de todas clases, y, mientras los niños miran atentamente los objetos y á San Nicolás, el padre arroja con disimulo puñados de confites al aire para hacer creer á sus hijos que caen del cielo.

Algunas veces, si el santo está enojado, envía unas disciplinas en vez de juguetes.

Cuando los niños llegan á tener más edad y ya no creen mucho en la llegada de San Nicolás, los padres idean algún medio para reavivar su fe.



## LORENZO EL PEREZOSO

(Continuación)

Juan no comprendió lo que quería decir la señora con aquellas palabras, pero le respondió:

—Estoy cierto de no ser un perezoso. Trato de ganar algo cada día, y no



sé cómo componérmelas. No soy ningún perezoso; y si lo supieseis todo, ya veríais cómo digo la verdad.

—¿Qué queréis decir con eso de si lo supiese todo?

—Quiero decir si conocieseis á Pie Ligero.

—Y ¿qué es Pie Ligero?

—Es el caballo de mi madre,—respondió Juan mirando por la ventana.—Tengo necesidad de trabajar para alimentarlo,—añadió después de un momento de silencio,—hasta el momento de su partida, y seguro estoy de que ya ahora está advirtiendo mi ausencia.

—Déjale que aguarde un poco más,—dijo la señora,—y cuéntame tu historia.

—No tengo ninguna historia que contaros, señora: sólo puedo deciros una cosa, y es que mi madre debe pagar, del lunes en quince días, una renta de dos guineas, y que sólo podrá hacerlo vendiendo el caballo en la feria. Mi madre es muy desgraciada, porque sabe que soy demasiado joven y demasiado débil para ganar de aquí á entonces dos guineas.

—Pero ¿eres tú capaz de ganar algo trabajando? Porque debes saber que hay una gran diferencia entre vender piedras y trabajar todo el día.

—¡Oh! ¡Ciertamente, señora, que trabajaría de buena gana todo el día!

—Pues bien: vente por aquí y mi jardinero te dará ocupación, encargándote de que cuides de los arriates, y te pagaré á seis sueldos cada día. Recuerda solamente que debes encontrarte aquí cada día á las seis en punto.

—Seré exacto, señora,—respondió Juan saludando y dando las gracias.

Tenía prisa para volver á ver á Pie Ligero, pero se acordó de que el obrero le había confiado las piedras á condición de llevarle la mitad de la ganancia que sacaría. Pensó que valía más ir primero á casa de éste. Tomó, pues, á lo largo del río, y al cuarto de hora llegaba á casa del obrero, á quien dijo enseñándole la media corona:

—Tomad: hé ahí lo que he sacado de vuestras piedras, y partamos.

—No,—dijo el obrero;—la media corona te la han dado á ti, y estimo mis piedras cuanto más en un chelín y no guardaré sino seis peniques. Mujer, dale á ese chico dos chelines y recoge su media corona.

La mujer abrió un guante viejo, y el marido, sacando de él un penique de plata, lo entregó á Juan diciéndole:

—Esto es por tu honradez. La honradez es, hijo mío, la mejor regla de conducta.

A lo que añadió su mujer:

—Conserva este penique de plata y llévalo encima, que te dará suerte.

—Hará de él lo que le parezca,—dijo el marido.

—En este caso lo mismo valdría ese penique que otro para comprar golosinas.

—¡Oh! Tranquilizaos, señora: no me lo gastaré malamente.

Juan dejó al obrero y se apresuró á ir á dar un pienso á Pie Ligero; y al



día siguiente, contento y alegre, íbase á las cinco, cantando como un pinzón, á la habitación de la señora.

Fué cuatro días seguidos á su trabajo. Ocupábase sin cesar, y la señora, que cada día iba á ver lo que había hecho en la jornada, preguntó al cabo de este tiempo al jardinero lo que pensaba de aquel niño.

—Trabaja mucho, señora: no le he sorprendido todavía un instante mano sobre mano. Podéis aseguráros por vos misma de que trabaja dos veces más



—¿No es aquesto un restaurant?  
Pues tengo hambre. ¡*Nam, ñam, ñam!*  
Sirvan pronto, ¡voto á tal!  
¡Pan y carne! ¡*Nam, ñam, ñam!*  
—Y ¿el dinero? ¿Pagará?  
—¡Quite usted!—Pues ¡arre allá!—  
Las dos le hicieron mil burlas  
sin piedad ni compasión,  
y él, entonces, ¡*ñam, ñam, ñam!*  
á una de ellas se comió.

que otro. Ved: hoy ha empezado en este rosál y ha terminado en aquel. No podría hacer más un chico que tuviera tres años más que él.

—Lo veo, y comprendo que decís verdad; pero ¿qué faena puede hacer un niño de sus años?

—Hé ahí, señora,—respondió el jardinero haciendo dos señales con su azadón.

La señora, dirigiéndose entonces á Juan,

—Hé ahí,—le dijo,—tu faena de cada día. Si has acabado antes de la hora, te pertenecerá el resto de la jornada y harás lo que te plazca.

Juan estuvo muy contento: cada día había terminado su tarea á las cuatro; y como gustaba mucho de jugar con sus camaradas, íbase á la plaza del pueblo, donde se reunían. Allí era donde la mayor parte del tiempo estaba tendido á la bartola, debajo de un portal, Lorenzo el perezoso, con el pulgar metido en la boca.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA  
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA